

Diálogos familiares apócrifos

Los puntos flacos (4)

Puntos flacos, puntos débiles, flancos de ataque que van quedando al descubierto cuando uno menos se lo espera, zonas de la personalidad secretamente vulnerables, brechas ridículas en la estructura aparentemente sólida de la propia biografía, tendencias poco honorables en el honorable señor que pueden ser aprovechadas por la oposición (política, social o de simple competencia) con efectos fulminantes, es decir, con la pérdida de la autoridad, la credibilidad y la garantía moral.

Pero los puntos flacos no se dan únicamente en el terreno moral, sino también en el plano psicológico, en el orden de la configuración de la personalidad. Y curiosamente se trata muchas veces de algunos «puntos flacos» que vienen a ser el reverso de lo que parecían «puntos fuertes».

● *En la primera escena, absolutamente apócrifa, que presentamos a continuación («El talón de Aquiles») tendríamos un ejemplo patente: el papel protector de la madre, «punto fuerte» si los hay en el plano de las relaciones familiares, se va a convertir por razón de su exceso, o de su despiste o, en todo caso, de un discutible entendimiento de lo que es la protección (¿por qué Aquiles tendría que ser distinto del resto de los mortales?) en el punto más vulnerable del hijo (ver otros casos en la revista «Padres y Maestros» n.º 14).*

● *La segunda escena («La rendija en la pared») que impropriamente hemos colocado bajo el título general de diálogos apócrifos, incide de lleno en el primer caso, el del planteamiento moral. El «punto fuerte» de Elena, la protagonista, para la defensa de su padre y su propia autodefensa, es su convicción acerca de la intachable conducta de su progenitor, un «punto fuerte» que de pronto se torna absolutamente sospechoso. Todo se acaba derrumbando hasta llevar a la muchacha al suicidio.*

En uno y otro caso nos encontramos, por tanto, con la escasa resistencia que presentan a la agresión de la vida, de la historia o de la realidad dos aparentemente bien pertrechados hijos de la fortuna.

JOSE LUIS BLANCO VEGA

«EL TALÓN DE AQUILES»

(Entra AQUILES con su casco de guerrero en la mano y cojeando llamativamente. La MADRE le observa con inquietud).

LA MADRE.—¿Vienes herido, hijo mío?

AQUILES.—No te alarmes, divina madre mía, que sólo es un rasguño en el talón.

LA MADRE.—(Aterrada) ¡Oh, dioses!

AQUILES.—Deja a los dioses en paz y tráeme una jofaina con vinagre.

LA MADRE.—¿En el talón precisamente!

AQUILES.—Sitios más delicados hay en el cuerpo humano.

LA MADRE.—Pero ese no es tu caso.

AQUILES.—Vamos, divina madre, como si nunca hubieras visto la anatomía de tu hijo.

LA MADRE.—(Se sienta) Coloca tu pie sobre mi falda. Soy hija del Océano y mi falda está empapada de salitre y de yodo. Si esto no te remedia no habrá ungüento que te alivie.

AQUILES.—(Coloca su pie sobre el regazo materno). ¡Qué descanso! Tu falda está fresquita como una ola.

LA MADRE.—(Obsesionada) Lo que temí toda mi vida tenía que ocurrir, ¡oh Destino implacable!

AQUILES.—¿Pero me quieres explicar a qué viene ese teatro?

LA MADRE.—¡Ay! y cuánta razón tienes, porque nadie como el Destino para dar golpes de teatro. ¡Oh, Aquiles!, a punto estuve de convertirme en un guerrero invencible. ¡Demasiado para el cuerpo!, sobre todo para el de Zeus que nunca vio con buenos ojos que los mortales se arrogasen los privilegios de los dioses. Y si no, ahí tienes al infeliz de Prometeo con un buitre encajado en todo el hígado por culpa de unas brasas de los fogones del Olimpo.

AQUILES.—¿Y eso qué tiene que ver con mi talón?

LA MADRE.—Lo tiene, hijo mío, ya lo creo que lo tiene.

AQUILES.—¿Quieres decir acaso que mi efimera

encarnadura ha estado disfrutando de alguna prebenda arrebatada a los inmortales?

LA MADRE.—¿Qué pico de oro tienes, hijo mío; hablas mejor que Sófocles! Pero escúchame bien y saca las consecuencias de cuanto tengo que decirte. Sabes que si en algún punto de la tierra han volado las flechas, los dardos y los venablos con peligro de tu cuerpo ha sido justamente en el sitio de Troya.

AQUILES.—Y que lo digas, madre, pero jamás me han acertado.

LA MADRE.—Ahí quería llegar yo. Ni un rasguño en tus carnes saludables aunque a más de una saeta se le veía la intención.

AQUILES.—Entre la saeta y mi cuerpo siempre medió el escudo de Palas Atenea. Ella es mi protectora.

LA MADRE.—¿Que te crees tú eso!

AQUILES.—¿Cómo puedes dudarlo? (*Retira el pie de la falda de su madre*).

LA MADRE.—Simplemente dudándolo. Vamos, como que esa señorita de Palas Atenea iba a andar al retortero de tus idas y venidas por el campo de batalla. Peleabas a cuerpo limpo, hijo mío, y aparte de su escudo no tenías más protección que tu pellejo.

AQUILES.—¿Y me lo cuentas ahora?

LA MADRE.—Ahora precisamente, cuando las cosas ya no tienen vuelta de hoja. Aquiles, hijo mío, tú eras invulnerable, cosa que te oculté para que tu orgullo de guerrero no se viera empañado por la sospecha de que, con semejante blindaje, ser el mejor guerrero de Grecia no tenía ninguna gracia.

AQUILES.—¿Ay, divina madre mía, que me estoy armando un lío! Porque entonces el talón...

LA MADRE.—¿Dichoso talón de Aquiles!

AQUILES.—¿Y en dónde estuvo el fallo?

LA MADRE.—El fallo, hijo de Peleo, estuvo en algo tan ridículo que me avergüenzo de contártelo.

AQUILES.—Pues si ando ya con las ansias de la muerte, creo que tengo derecho a tu vergüenza como homenaje póstumo.

LA MADRE.—(*Anacrónicamente se santigua*) ¡Pues que Homero se disponga a cantar de nuevo tu berrinche porque hoy va a ser de órdago!

AQUILES.—(*Se sienta en otra silla y se agarra el pie con la mano*). ¡Ay! el talón me arde.

LA MADRE.—¿Precisamente esa palabra!, cuando mi error estuvo en no exponer tu talón al alcance de las llamas.

AQUILES.—¿Me estás proponiendo algún enigma?

LA MADRE.—Te lo diré más claro. Estabas recién nacido y tu cuerpo era más tierno que el de un lechón, mal comparado. Un día, sin que nadie me viera, te conduje hasta el altar donde mantengo día y noche el fuego sagrado. Yo sabía que al contacto de sus llamas el cuerpo de los hombres se vuelve invulnerable. Te agarré por el talón, así mismamente, y te di un pase de fogueo sobre el sagrado brasero. Te dejé como nuevo, o eso me creía.

AQUILES.—(*Se levanta repentinamente*) ¡Oh, dioses!

LA MADRE.—Ahora eres tú quien hace exclamaciones.

AQUILES.—¿Cómo no voy a hacerlas? Recuerdo que de niño, cuando trepaba a los árboles, mis túnicas acababan en jirones pero sobre mi piel jamás hubo un arañazo.

LA MADRE.—¿Qué quieres que te diga? Y jugabas con la espada de Peleo, tu padre, más afilada que el diente de una vibora, sin cortarte los dedos.

AQUILES.—¡Oh, maldición! ¡Oh, burla de los astros!

LA MADRE.—Apacigua tu cólera, hijo mío, y déjame acabar. Te has comportado, si eso te tranquiliza, como un héroe legítimo, ya que lo ignorabas todo acerca de ti mismo. No era tu privilegio lo que te hacía excepcional a los ojos de los griegos, sino tu arrojo en la batalla.

Cierto, a veces se hablaba de tu rara habilidad para esquivar las flechas cuando tus compañeros de combate caían a tu lado como moscas, pero nadie, ni siquiera tú mismo, supo dar otra explicación que esa simpleza del escudo de Palas Atenea. Hijo mío, tu valor está fuera de duda.

AQUILES.—Me siento morir, madre.

LA MADRE.—(*Se le acerca angustiada*) ¡Hijo mío!

AQUILES.—(*Progresivamente colérico*) Y me siento morir de vergüenza...

LA MADRE.—(*Se echa hacia atrás asustada*) ¡Aquiles!

AQUILES.—... a causa de la herida más ridícula de la que pudiera morir el hijo de Peleo.

LA MADRE.—Deliras con la fiebre.

AQUILES.—Mi mente está más lúcida que los ojos de Minerva. ¿Pero no lo comprendes? Me han atacado por el flanco por donde me tenías más cogido, cuando lo que debieras haber hecho era haberme soltado en medio del brasero.

LA MADRE.—¿Qué barbaridad!

AQUILES.—Sí, divina madre, en medio del brasero. Porque una de dos, o me hubiera convertido en sagrado churrasco para deleite de los dioses o ahora sería un dios. Cualquiera de los extremos resultaría más glorioso que esta cojera impresentable.

LA MADRE.—¡Aquiles, ingrato, eso me quedaba por oír!

AQUILES.—Tu desmedido afán de protección se ha vuelto contra mí.

LA MADRE.—No eras más que un cachorro de hombre e hice de ti un semidiós.

AQUILES.—Lo cual quiere decir que también me has dejado en semihombre. Por donde quiera que lo mires me quedo siempre a medias.

LA MADRE.—(*Se sienta abrumada por la derrota*) ¡Sé madre para esto, exponte a la cólera de Júpiter y a que te fulmine con un rayo para oír lo que ahora oyes!

AQUILES.—(*Añorante*) ¡Ah, qué gloriosa muerte la de Héctor, el del tremolante penacho! Lo atravesé con una espada, a la altura del corazón y por la cara. Enganché su cadáver a un tiro de caballos y lo arrastré como un trofeo ante los muros de Troya. Yo quería humillarlo, pero si lo comparas con mi suerte aquello fue una apoteosis. Había muerto como un héroe. ¿No comprendes mi vergüenza? Porque para más «inri» la herida en mi talón evidencia otro detalle: que yo estaba de espaldas en el campo de batalla, que Aquiles se escapaba de la línea de fuego.

LA MADRE.—Pues en eso no había caído.

AQUILES.—¿En qué has caído, madre?

LA MADRE.—(*Trágica, pero sin saber qué hacer*) ¡Oh, Destino implacable!

AQUILES.—A eso lo hubiera llamado nuestro compadre Euclides salirse por la tangente.

(*AQUILES inicia la salida de escena cojeando dramáticamente*)

LA MADRE.—¿A dónde vas, Aquiles?

AQUILES.—Al campo de batalla.

LA MADRE.—¿Eso es una locura!

AQUILES.—Y al sitio donde las flechas vuelen en todas direcciones.

LA MADRE.—¡No!

AQUILES.—... donde morir de un flechazo en el talón pueda ser por lo menos una casualidad honorable.

(*Sale. Una pausa*)

UNA ESCLAVA.—(*Entra apresuradamente*) Señora, el fuego del altar se está apagando.

LA MADRE.—(*Sin mirarla*) Escupe sobre las brasas y deja que se apague.

FIN

ACTIVIDADES (Escuelas de Padres y Tutores de Alumnos)



06. DISCUSION DIRIGIDA

- 1.—¿Cómo definiríais cada uno eso del «punto flaco» en una persona? ¡Venga, por escrito, brevemente, cada uno su definición!... Leedla y comentadla.
- 2.—¿Es lo mismo «punto flaco» y lo que solemos llamar «defecto»? Ejemplos.
- 3.—Escuchad una historia: es aquella del «Talón de Aquiles», contada hoy. (Dos variables; una, la lee el Conductor; segunda, la leen, escenificándola un poco, dos personas del grupo que la han preparado previamente con un escenario mínimo, simbólico).
- 4.—¿Cuál era el «punto flaco» de Aquiles?
- 5.—¿Hizo bien la madre en no haberle dado a conocer el «punto flaco»?
- 6.—Dividíos en subgrupos de 5 personas. Inventad una escena en la que una persona participa en el grupo, pero no es consciente de su «punto flaco»; todo el mundo lo sabe, lo comenta cuando esa persona no está, pero, cuando llega, todo el mundo se calla. Un día, ella decide hacer una cosa: todos saben que va a fracasar, porque es su «punto flaco» ignorado. Nadie se atreve a decirle nada y se arma una discusión de si es mejor decirselo directamente o desviarle la atención para que no haga lo que pretende y no falle. ¿Qué hacer? Ensayad diversos modos de enfrentarse en una escena así: «decidió hacerlo y falló», «decidió hacerlo y, a pesar del «punto flaco», acertó», «le disuadieron de hacerlo y se quedó despistado: si todos lo hacen, ¿por qué a mi me lo desaconsejan?»
- 7.—¿Solemos ocultar nuestro propio «punto flaco»? ¿Por qué? ¿Da resultado el que nos lo digan? ¿Somos conscientes de él? ¿Somos capaces de aceptarlo?
- 8.—Lista de «puntos flacos» que suelen darse en un grupo de Escuela de Padres. (Y en este grupo, ¿nos atrevemos cada uno con el «suyo»?)
- 9.—Recordad la historia de Aquiles: ¿cuál puede ser el origen de que se forme un «punto flaco»? ¿Alguien conoce alguna historia parecida?
- 10.—Precisamente, la parte del cuerpo que estaba más ligada, más cercana a la mano de la madre (¿más protegida?) es precisamente el «punto flaco». ¿Sugiere esto algo o es pura coincidencia?



«LA RENDIJA EN LA PARED»

Los fragmentos de diálogo que reproducimos a continuación, pertenecen a la obra dramática de Hugo Betti titulada «Corrupción en el palacio de justicia». Con el fin de hacer comprensible la situación escénica y de valorar la fuerza de los diálogos en orden al tema que tratamos, he aquí el resumen del contexto:

El juez Vanan, viejo y enfermo, padre de una muchacha llamada Elena, es sospechoso de corrupción en algunos de sus procesos judiciales y, además, de estar relacionado con el asesinato de un tal Ludvi Pol, personaje que ha comprado más de una vez a los jueces y cuya oportuna muerte lo elimina como posible testigo «molesto» en caso de que las cosas llegaran a ventilarse.

Elena, la hija, persuadida de la inocencia de su padre, confecciona un memorial mediante el cual intenta a toda costa defenderlo. El magistrado Cust, que aspira a ocupar el puesto de Vanan, trata de bloquear ese memorial. En este momento, Cust dialoga con Elena y le descubre a la muchacha los «puntos flacos» del que ella tiene por el más honrado de los hombres.

CUST.—En todo este asunto su padre le está ocultando alguna cosa.

ELENA.—Habrà otro motivo. Puede creerlo todo menos que él se haya manchado de ese modo.

CUST.—¡Manchado! ¡Qué palabra tan cruel! Estando su padre en juego resulta triste que usted la use. Es inhumana. ¿No puede usted admitir que acaso haya errores... errores que uno sólo advierte tras haberlos cometido y cuando ya es tarde para volverse atrás?

ELENA.—¡Oh! Pensar que en un momento dado mi padre ha podido cometer algún error a escondidas, aprisa y corriendo, vigilando a su alrededor; o que ha sido capaz de escuchar a un hombre que, en voz baja, le ha dado órdenes infames y secretas y que él, de prisa y en voz baja, le ha contestado que sí... ¡Mi padre! ¡Mi padre capaz de eso! ¡Mi papá!...

(*rie nerviosamente*)

CUST.—¿No cree usted que todos, incluso su padre, pueden necesitar un poco de piedad?

ELENA.—Pero no él. No podría hacer algo de lo que luego tuviera que avergonzarse y permanecer con la mirada baja. En él sólo hay nobleza, bondad, orgullo. El hombre capaz de mancharse de semejante forma, según lo que usted cuenta, tiene que estar hecho de otro modo. ¡A la fuerza! Al hombre capaz de traicionar de esa manera bastará mirarle, creo yo, para sentir repugnancia.

CUST.—¿Cree usted que de su boca salen ratas que van trotando luego por esas habitaciones? ¡Qué cruel es usted, pequeño ángel! Supongo que es cosa de la edad. La nieve azul de la infancia herida por el primer rayo incandescente del sol de la juventud. ¡Qué embriaguez! Le deja a uno humillado, melancólico. No tiene usted la culpa, usted reluce literalmente en medio de este infierno. Hace pensar en esos cristales puros de que está formada, como usted sin duda sabe, la materia inorgánica. ¿Pretende usted todavía presentar el memorial a favor de la inocencia de su padre?

ELENA.—(*Algo turbada*). Sí.

CUST.—Bien, le estaba diciendo que todos somos cristales, ese es el motivo por el que se la mira a usted con pena... Luego aparecerá la vida sobre las heladas geometrías de lo inorgánico, como una proliferación maligna, como una lepra precisamente. ¡Oh! ese día su voz perderá ese timbre luminoso y ya no hablará usted de manchas.

ELENA.—Mi padre...

CUST.—Su padre. Su padre fue uno de esos hombres a los que la vida les ha dado muchas cosas. Pero ¿es lícito pensar que todas esas cosas que le concedió la vida le fueron

regaladas? ¿A cambio de nada? ¿Cree usted que no ha sido necesario pagar todo eso con ciertas pillerías? El memorial seguramente no habla de todas esas cosas.

ELENA.—Pero mi padre...

CUST.—Será más o menos como todos nosotros ¿no? Querida niña, todos estamos hechos de la misma manera. ¿De verdad no ha sorprendido nunca... qué sé yo, en su cara, en su voz, sí, eso, me basta con la voz... algo que haya podido conturbarla? Es una voz conocida, claro está, pero quizás alguna vez, cuando hablaba con su excelencia, con un alto personaje, la oía usted volverse servil, como extasiada; y luego, en cambio, apresurada y despectiva al dirigirse a sus inferiores, ¿eh, eh? A todos nos ocurre. Veo que lo recuerda usted. Tenga valor. Mi querido cristal, ya está usted un poco empañado. ¡Qué enorme cantidad de hipocresía y de vilezas cotidianas sólo en el tono de una voz! Y después de todo eso, dígame en serio, ¿nos vamos a escandalizar de que estas hojas (*agita las hojas del memorial*) sean una sabia recolección de datos, auténticos en sí, pero sacados con habilidad de su contexto? De todas formas, si usted quiere presentarlo...

ELENA.—(*Un tanto perdida*). Yo quisiera...

CUST.—Y no hemos hecho más que hablar de lo menos importante, ni siquiera de las palabras, sólo del tono de voz. ¿Cree usted que porque ningún código condene esas vilezas cotidianas, son menos abyectas que todo lo que usted ha llamado de ese modo: malas acciones, hipocresía, traiciones...? Y eso se da por todas partes, incluso aquí, en nuestro pensamiento al que falsificamos formulando en nuestro interior sutilezas y argumentos venenosos sugeridos por nuestra conveniencia... Figúrese un ama de casa que guarda tranquilamente sus botes de confitura. Llega un día en que nosotros nos disponemos a abrir alguno y dentro encontramos ¡gusanos!

(*Arroja el memorial sobre la mesa*). ¡No hay nada que pueda salvarse!

(*Se enjuga el sudor de la frente*). Bien, mi querida señorita, no veo nada que pueda salvarse.

ELENA.—Pero mi padre...

CUST.—Su padre ha sido un hombre, y lo ha sido aquí, en esta fosa. Nada humano le es ajeno, se lo aseguro.

ELENA.—Yo también estoy segura.

CUST.—¿De qué? ¿De qué?

ELENA.—Cuando ocurría alguna injusticia, una violencia, pensaba en mi padre. Le veía aquí, en este palacio, vestido con su armiño, con los ojos cerrados... Enseguida me tranquilizaba.

CUST.—Se equivocaba usted, mi querida señorita. Míreme. Sabe usted que no la miento.

ELENA.—(*Gritando e intentando apoderarse del memorial que Cust retira de su alcance*). ¡Quién no conoce a mi padre es usted! ¡Usted no es amigo suyo!

CUST.—¡Por favor, señorita, no sea usted obstinada! No hace más que provocar un montón de contratiempos. Me gustaría contarle una cosa, ni siquiera sé si tiene relación con todo esto... Era yo muchacho, un niño todavía, y ocurrió en una tarde sofocante, de un bochorno atroz. Echaban todos la siesta... Puede que oyera un murmullo en la casa, puede que fuera llamado por un instinto oscuro. Me levanté y caminé descalzo... Y por fin, a través de la rendija de una puerta... ¡Qué historia tan desagradable y tan tonta! Bueno, quería decirle que aquel niño que yo era, vio a través de la rendija, a un hombre y una mujer cualquiera... Perfectamente obvio en el fondo, resulta impropio hacer un drama de ello... Pero eran mi padre y mi madre. ¡No! ¡No eran mi padre y mi madre! Maa bien algo confuso, extraño... En realidad hasta aquel momento no los conocí, no sabía quiénes eran ni quién era yo mismo. Quedé petrificado. Llega un día en que se abre una rendija y nosotros miramos a través de ella. Ese día, ahora mismo, también ha llegado para usted, mi querida señorita. ¡Mire! ¡Por Dios, vea de una vez a su padre para siempre y véase también a sí misma! (...) ¿No sabía usted que su padre, el gran Vanan, está enfermo? Enfermo, pobrecito, enfermo. Eso es lo que le traba la lengua de esa manera tan cómica. Una vida es muy larga, ¿sabe usted?, y no es raro que una cabeza venerable acabe siendo una tapadera bajo la que se acumulan

montones de cosas repugnantes. Todo eso no está escrito en ese memorial. Qué cosas tan tristes ¿verdad? Normalmente enrojece usted con facilidad, ahora en cambio sus mejillas palidecen lentamente. Le dice usted adiós a la encantadora adolescencia, se convierte al fin en mujer... ¡Con que yo era quien no conocía al gran Vanan! ¡Si usted supiera la cantidad de cosas que ignora todavía! ¡De él y de todo lo demás! ¡Incluso de usted misma! Por eso era usted injusta. Ni siquiera conoce los turbios enredos amorosos en que ha caído el gran Vanan. Hasta el tribunal se ha ocupado del asunto. Eso tampoco consta en ese memorial. Son cosas de las que no le habla ese hombre que la abraza cuando vuelve a casa, ¿no es eso? Mire, mire usted también por su rendija, hay que acostumbrarse. Usted sabe que le digo la verdad. Pues bien, entonces debe saber que el mismo día en que fue acusado ante el tribunal, el gran Vanan escribió una carta que era una confesión. Si, confesó, lo confesó todo, mi querida señorita. ¿O qué otra cosa es una carta que empieza de este modo y cuyas palabras guardo en mi memoria? Excelentísimo señor, un viejo magistrado espera de su benevolencia...

ELENA.—(*En un grito*). ¡No!

(*Elena se derrumba sobre la mesa sollozando*).

ACTIVIDADES

0.13 ROLE/PLAYING



- 1.—El Conductor recuerda, en primer lugar, lo hecho en el trabajo sobre el drama de «El Talón de Aquiles» y anuncia otro tipo de variante sobre los llamados «puntos flacos» en la persona.
- 2.—Hace ahora una lectura sosegada sobre «La rendija en la pared».
- 3.—Al final, pregunta algo así: «¿Qué quiere decir eso de la rendija en la pared?». Buscad palabras paralelas, sinónimas de «punto flaco» y explicad en pequeños grupos sus diversos sentidos. Luego ponedlas en común a todo el grupo.
- 4.—Casos paralelos: que cada uno describa uno parecido en que personas, cosas, situaciones, símbolos, palabras... tenidas en alto concepto, de repente, se derrumban y se nos vienen abajo. ¿Cuál es la sensación? ¿Puede entonces surgir un «punto flaco»? ¿Por qué?
- 5.—¿Por qué no se admite con facilidad el «punto flaco»?
- 6.—¿Qué es mejor: ocultar nuestros propios fallos ante los hijos o... esperar tranquilamente y esperar a poder explicarlos algún día cuando se den cuenta?
- 7.—Montad un Role/Playing (cfr LAB «0», técnica 13 PM). Se trata de un hombre que juega el papel de «bajito» o de mujer «gorda» o algún tópico al uso. Sabe que, de algún modo, ese es su «punto flaco», pero no quiere admitirlo socialmente. Y, para disimularlo, se reviste de diversos tipos de roles que, sucesivamente, y a voluntad, cada uno puede adoptar en escena:
 - rolé «**agresivo**»: cada vez que le hablan de eso, se pone hecho una furia; con lo cual, nadie se lo vuelve a recordar.
 - rolé «**fantástico**»: cada vez que le hablan de ello, se llena de fantasías diciendo que no lo es tanto, hablando de cosas irreales para eludir la realidad.
 - rolé «**negativo**»: apenas se habla de ese «punto flaco» físico o psicológico, se pone silencioso, ido, despistado, ni sí ni no para nada.
 - rolé «**regresivo**»: se autoridicula a sí mismo, adoptando posturas infantiles; con ello quiere dar a entender que «no le importa nada».
 - rolé «**desplazador**»: siempre que se habla del «temita», desplaza la cuestión a otros terrenos para que el «asunto» no salga a cuestión.
 - rolé «**racionalizador**»: justifica su situación con razones aparentes, en las que ni él mismo cree.
- 8.—¿Hasta qué punto los demás somos culpables de que el «punto flaco» del otro le resulte un problema?
- 9.—¿Alguien tiene una historia en que se sintió aliviado por alguien en «su punto flaco»? ¿Queréis contarla al grupo?
- 10.—¿Qué es, pues, un «punto flaco»?